

Fac ut, cor nostrum sit semper ubi thesaurus noster est; teque, qui nobis, esse debes omnia ut par est; æstimando, omnia alia bona præter te, arbitremur ut stercora.

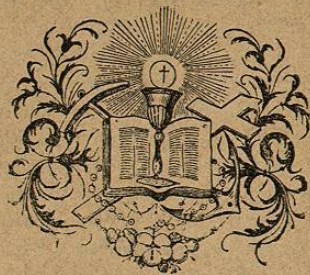
Fac tandem, o bone Jesu, ut per Te, de Te, in Te vivendo, vita tua manifestetur in nobis et omnibus Confratribus nostris, et ut, charitate ferventes, ignem amoris tui, quem venisti mittere in terram et qui in Eucharistia semper ardet et nunquam extinguitur, in cordibus omnium accendamus: et sic semper et ubique et ab omnibus ametur, laudetur, glorificetur sanctissimum et divinissimum tui amoris Sacramentum. Amen.

Jesu dilectissime, qui ex singulari benevolentia me, præ millenis hominibus, ad tui sequelam eximiam sacerdotii dignitatem vocasti, largire, mihi, precor, opem tuam divinam ad officia mea rite obeunda. Oro Te, Domine Jesu, ut resuscites hodie et semper in me gratiam tuam, quæ fuit in me per impositionem manuum Episcopalium. O potentissime animarum Medice, sana me taliter, ne revolver in vitia, et cuncta peccata fugiam: tibi que usque ad mortem ita placere possim.—(Ind. 300 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Bone Jesu, rogo te per dilectionem, qua diligis Matrem tuam: et sicut vere Eam diligis et diligis vis, ita mihi, des ut vere Eam diligam.—(Ind. 100 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Los Ilmos. Sres. Obispos de Beauvais, Sééz, Lieja y Guatemala, han concedido 40 días de indulgencia por la recitación de la anterior oración.

AD VENIAT REGNUM TUUM!



Venite ad me omnes!

MANUAL DE LA ADORACION.

Titulos divinos de la Eucaristía.

LA EUCARISTIA ES LA SANTIDAD DIVINA.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora al Santísimo Sacramento con la más profunda humildad, y el más sincero arrepentimiento de tus faltas, y repite con los ángeles y santos que adoran á Dios sobre su trono de gloria, el cántico de su eterna adoracion: "Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos!" Sí: tres veces Santo y la santidad misma es el sacramento que la Igle-

sia y la voz común llaman "Santísimo Sacramento." Es Santo, porque contiene en realidad y en persona á Nuestro Señor Jesucristo que es la Santidad perfecta. En Jesús, que no está solo en el Santísimo Sacramento, sino que es el mismo Santísimo Sacramento, reconoce la Santidad eterna, increada é infinita que posee como Verbo, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo. Esta santidad es el atributo que le hace perfectamente bueno, verdadero, incapaz de error como de mancha alguna. Ella le separa esencialmente de todo lo que puede ser defecto, imperfección, debilidad. El Verbo está en el Sacramento, y está allí con toda su santidad divina.—Adora, además, en la Santa Hostia la santidad creada de Jesucristo Nuestro Señor, es decir, los dones de santidad que fueron depositados en su alma en el día de su creación: dones tan grandes que San Pablo los llama "eternos, infinitos," dones tan perfectos que hacen á la humanidad de Jesús digna del amor, de las preferencias y de la elección del Hijo de Dios, que la tomó por esposa.—Adora, en fin, en la Hostia todas las virtudes, todos los ejemplos de la santidad de vida de Jesús!—Adora, pues, al Santo de los santos en el Sacramento, y ve resplandecer los rayos de su santidad en torno del Tabernáculo; en los vasos y en los lienzos del sacrificio que por su contacto los separa del uso de los hombres y los hace sagrados, en la parte del templo en el que reside, por lo que se llama "El Sagrario;" en la santidad que reclama, apremia y exige la práctica del Santísimo Sacramento, pues es absolutamente necesario ser santo, es decir, puro, para consagrarle y recibirle. La santidad del Sacramento se refleja en su ministro y hace de él un hombre venerable y digno de todo

respeto.—"Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos en el Santísimo Sacramento."

2. ° CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Aquí, como en todas partes, la bondad de Jesús esta unida á su santidad para hacerla dulce, accesible y ventajosa á nuestras miserias. Jesús que deja aparecer su santidad en el Sacramento, para no herir nuestros ojos y hacer que le imitemos, la templa y oculta lo bastante para no asustar nuestra indignidad. Si este sol de toda pureza, lanzase de lleno sus rayos sobre nosotros, ¿quién osaría aproximarse? ¿Quién no temería su presencia y no se cubriría de rubor á la sola idea de que el reflejo de la santidad de Jesús, poniendo de manifiesto su miseria, revelase las manchas á los ojos de todos los mortales?—¡No! Quiere que veamos su santidad con el único fin de que le imitemos. Estudia, pues, sus virtudes en la Eucaristía: su humildad, su paciencia, su dulzura, su constancia; ellas te atraerán á la imitación.—Nuestro Señor derrama en las almas la gracia, el instinto, el amor y la fuerza por la comunión, que es el festín donde el alma se vigoriza, se purifica, y ennoblece; comiendo verdaderamente la santidad, apropiándose sus cualidades, sus virtudes, sus instintos, como el cuerpo se apropia los alimentos diversos que le nutren. Bendice al Señor, tres veces Santo, que deseando hacernos santos, se digna ser el pan de nuestra santidad.

TERCER CUARTO DE HORA—REPARACION.

Santificáos porque yo soy Santo, dice el Señor á los sacerdotes de la antigua ley, y á todos aquellos que llevaban las víctimas del sacrificio. ¿Cuál no será, pues, la obligación de santificarse para aproximarse al Santo de los Santos, para estar en su presencia, para recibirle en la comunión?—Por esta razón es un horrible sacrilegio comulgar en estado de pecado mortal, es una horrible profanación tocar la Hostia adorable con manos no consagradas; es abusar de este pan de santidad recibirle á menudo sin hacerse santo.—Ve al mismo tiempo qué fáciles son las condiciones de santidad que exige de nosotros: 1. ^o No tener pecado mortal alguno en la conciencia al momento de comulgar; 2. ^o Tender á la santidad de la vida cristiana, que consiste en la observancia fiel, valerosa y constante de la voluntad de Dios.—El que está en estas condiciones recibe con fruto al Sacramento de la santidad, y tiene derecho de comunicar con los Santos, y hace parte de la asamblea de los Santos, de la cual el Cordero es á la vez centro, luz y alimento.—Repara por medio de actos de contrición, todas las indignidades cometidas contra la terrible santidad del Santísimo Sacramento.

ULTIMO CUARTO DE HORA—ORACION.

Oye la plegaria de la Eucaristía, la misma que Jesús hizo en el Cenáculo, después de su Institución, y que repite en el Santísimo Sacramento en el largo trascurso de los siglos: “Padre mío, santifícalos en la verdad. . . Yo por amor de ellos me santifico á mí mismo, con el fin de que ellos sean

santificados en la verdad. Pero no ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación.” Hagámosle eco á esta ardiente oración; pidamos la santidad de nuestro estado, y tomemos todos los medios de corresponder á las gracias de santificación que el Santísimo Sacramento nos da, con abundancia todos los días.

PRACTICA:

Tomar de la Eucaristía los ejemplos de virtud correspondientes á nuestro estado, y purificarnos á menudo por el honor debido al Santísimo Sacramento.

LA BONDAD DIVINA

RESPLANDECE EN LA EUCARISTIA.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Adora en la Hostia tan dulce, tan benévola, tan afable, ante la cual estás prosternado, adora la bondad infinita de Dios. La bondad es entre las perfecciones de Dios la que más suavemente atrae y cautiva nuestros corazones, la que comprendemos mejor, porque tiene íntima relación con nosotros, y se nos manifiesta por medio de manifestaciones brillantes. Consiste en la efusión de Dios, en la comunicación que á la criatura hace de sus riquezas, excelencias y perfecciones que son propias de la naturaleza divina. La bondad es el movimiento

del amor de Dios á la criatura. Es el desbordamiento del río sin límites de su amor, el derramamiento de ese mar océano de todo bien, el rayo de ese foco de toda vida. Amar es dar, y darse á sí mismo: la bondad da todo lo que está en Dios y acaba por dar al mismo Dios. La bondad divina, siendo como es infinita, da sin agotarse, se extiende á todos los seres y desde el más elevado de los serafines hasta el humilde pimpollo que crece en la pradera, no hay sér alguno que no lo reciba todo de ella, que no sea vivificado, sostenido, enriquecido por ella. A ella le deben todo lo que tienen las criaturas todas que pueblan el universo. Estas efusiones son incesantes, continuas y no acabarán jamás.

¡Vé si la bondad divina resplandece en la Santa Eucaristía! ¡La Eucaristía es su triunfo! ¿Qué es la Eucaristía sino el Don, el Don por excelencia dado á todos, dado siempre, que contiene y que da todos los demás dones? ¡La Eucaristía es el Don gratuito, inesperado, inmerecido! Es el Don total, el Don sin reserva, el Don que no puede agradecerse debidamente. Si lo propio de la bondad es dar, la Eucaristía es la misma bondad divina, pues ella es el Don propio, el Don absoluto, el Don perfecto, el Don vivo. Adora, alaba al Dios de la bondad que te muestran los velos eucarísticos, únete á él, vuélvele amor por amor, don por don.

2. ° CUARTO DE HORA—ACCION DE GRACIAS.

No podemos concebir la bondad si no viene acompañada de la dulzura, de la benevolencia, de la afabilidad, de la condescendencia y de la pa-

ciencia. Estas cualidades añaden á la bondad lo que el perfume á la hermosura de la flor. No tenemos por bueno al que da con impaciencia, altivez y dureza. Bien lo sabe nuestro Buen Maestro que ha hecho resplandecer su bondad infinita, acompañándola con tanta dulzura como benignidad, ora en su cuna por los encantos de su infancia, ora en su vida pública por la clemencia de sus palabras y la amenidad de sus maneras, ora en su Pasión por la generosidad de su perdón y su admirable paciencia!

Así, queriendo hacer en la Institución de la Eucaristía, la última, la más abundante y la más sublime efusión de su bondad, tomó la forma más benigna que pudo concebir. Las apariencias del pan y del vino que todos apetecen y que constituyen la fuerza y la alegría del hombre que peregrina por los desiertos de la vida; el misterio, el silencio, la debilidad tan dulce para los pequeños, los débiles y los pecadores; el velo de una paciencia que lo soporta todo, y de una longanimidad que ninguna adversidad abate. Y sin embargo, para todo el que tenga fé, el Sacramento brilla con bastante resplandor; tiene bastante dulzura para atraer, cautivar, dar á canocer y hacer amar la presencia de Jesús, Imagen sustancial de la Bondad Divina.—¡Ah! Cómo estudiar todos los dulcísimos atractivos de la Eucaristía, y no prorrumpir en acciones de gracias á la vista de ese cúmulo de amor que la bondad divina junta á su mejor don!

TERCER CUARTO DE HORA.—REPARACION.

Explica ahora si puedes, ó más bien derrama lágrimas de dolor en presencia de ese incomprendible y sombrío misterio de frialdad, indiferencia, dureza, egoísmo, ingratitud y aun odio del hombre para con la Eucaristía. Hay algo más triste y más horrible, que más nos humille y que más nos obligue y excite á reparar estas faltas tan punibles? ¡Ah! los hombres le oponen la frialdad y la indiferencia á Aquel que se ofrece, que se da, que se entrega y se multiplica por medio de la más generosa de las bondades! A Aquel que se reviste de dulzura y de benevolencia para ganar más fácilmente sus corazones, le corresponden con la frialdad y el desdén. A Aquel que no sabe más que amar, amar con pasión, con perseverancia, no falta quien, en cambio, le ofrezca odio cruel é irresistible. ¡Cómo hacer comprender las dolorosas quejas del Corazón de esta adorable Víctima de tan extremada bondad! Séamos al menos nosotros para con El, buenos, benévulos y compasivos, ya que nosotros somos los amigos de quienes implora piedad: "*Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei!*"

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

La bondad es el más firme apoyo de la oración; es ella la que pone la esperanza en el corazón, sostiene la confianza, hace que sepamos esperar la hora de Dios, soportar sus retardos, no murmurar de sus providenciales designios, aceptar la prolongación de la prueba sin dudar de El. Cuando ore-

mos, debemos fundarnos en la bondad que nos muestra en la Eucaristía, en los dones y en los beneficios de la Eucaristía. No pidamos jamás sin decir con San Pablo: "Si Dios nos ha dado á su único Hijo, ¿cómo no nos dará cualquier otro don que le pidamos?"

PRACTICA:

Meditar frecuentemente sobre la bondad de Jesús y en el don de la Eucaristía, para conservar hácia El una fervorosa confianza.

La Eucaristía es la Providencia.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora en el silencio del tabernáculo y oculto en las Santas Especies, donde parece que duerme el sueño de la insensibilidad, adora la adorable Providencia de Dios que vela por tí, previene tus necesidades, y te conduce con tanta dulzura como sabiduría, al través de mil obstáculos, á tu fin eterno. La Hostia santa no es solamente uno de los beneficios que manifiestan mejor la sabiduría y la bondad de la Providencia divina, sino que es esta misma bendita Providencia, pues ella es, en realidad de verdad, Dios mismo. Y como donde está Dios, allí resplan-

decen principalmente sus divinos atributos, contempla como brillan en esta Hostia divina los dulces caracteres de su Providencia adorable. La Providencia es en Dios el atributo por el que conserva lo que ha creado; es más aún, es el conjunto de los medios por los que su Omnipotencia infaliblemente conduce á todos los seres al fin que les ha asignado su sabiduría infinita. La conservación es la continuación de la primera efusión de la vida en los seres creados; de suerte que la Providencia parece que se compone de la Bondad, de la Omnipotencia y de la sabiduría divinas. De la bondad, por que fija el fin; es decir, la perfección suprema de cada ser. De la sabiduría, porque traza los caminos por donde deben llegar á él; y porque escoge para conducirlos los medios más adecuados. De la Omnipotencia, porque la aplica para separar de cada criatura cualquier obstáculo que á su conservación se oponga, la aparta de los peligros, y lo dispone todo para que consiga su fin con una fuerza que nada puede resistir y con una suavidad que nada es capaz de desconcertar. Dependemos de esta Omnipotente Providencia en todo; en el orden de la gracia no menos que en el de la naturaleza; criaturas libres, pero no independientes de la Causa primera, somos regidos, conducidos y gobernados por ella. Adoremos á la divina Providencia al través de la nube eucarística, proclamémonos sus súbditos fieles, ofrezcámonos á su acción como instrumentos dóciles, y entreguémonos á su dirección sir reserva alguna.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Como el fin que Dios se propuso al crear, fué conceder una centella de su vida y de sus perfecciones infinitas, la Providencia que ejecuta este designio y lo perfecciona, tiene por carácter principal la bondad, la benevolencia: "Tu Providencia, oh Padre, gobierna todas las cosas: *Tua, Pater, Providentia gubernat omnia.*" Y esta paternidad de la dulce Providencia, aparece principalmente en aquel que tiene cuidado de todos los seres, sin olvidar, des- cuidar ni despreciar ninguno, ni aun la yerba que alfombra los campos, ni el insecto que nace con el día y muere con él: *nil enim odiste eorum quoe fecisti.*—Ve, ve brillar este caracter de vigilante é in- fatigable bondad en la Eucaristía! No es toda para todos? Al niño y al anciano, al rey y al súbdito, del oriente al ocaso, y del norte al mediodía, no se ofrece toda á todos, todos los días, para ser toda en todos: *omne delectamentum in se habentem?* No es verdad, que protege visible é inmediatamente todos los puntos de la tierra por medio de su presencia universal? Todos los Tabernáculos son para ella postas de observación, desde donde ve, vela y protege todas las cosas. Y cada día el pueblo fiel encuentra la mesa puesta por sus cuidados maternales! Y cuando alguno de los suyos gime en el lecho del dolor, ella le hace llevar el socorro, el Viático de la inmortalidad. Ah! si supiésemos como nos mira, conoce y ampara la dulce Providencia que habita en nuestro valle de combates, bajo el blanco pabellón del Sacramento, qué confianza no tendríamos en Ella!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¡Cuál no será pues el crimen de los que niegan abiertamente la Providencia divina! ¡Cuál no será el error de aquellos que sin negarla, viven sin recurrir á ella! La misma sabiduría pagana los condenaba, sin quererlos admitir á sostener sus blasfemias: *pœnam meretur qui Providentia negat*. ¿No es, en efecto, monstruoso, negarle al Obrero su poder en presencia de su magnífica obra, negarle su sabiduría en presencia del orden admirable de la naturaleza, rechazar la Bondad cuando todo nos pregona su liberalidad y su condescendencia? Todos aquellos que indiferentes no oran en sus necesidades, que no recurren á Dios en sus dificultades, que más ó menos conscientemente solo se apoyan en sí mismos y en sus semejantes, todos estos pecan contra la Divina Providencia. La falta es mayor por el hecho de la presencia que ha escogido en la Eucaristía la Providencia de nuestro Dios, pues ha reunido en Ella todos los recursos, haciéndose personal y sensiblemente presente; por consiguiente, el que no viene á la Eucaristía, el que á ella no recurre, el que no le suplica, el que no la recibe según toda la extensión de sus necesidades, este falta á la Divina Providencia; desfallece y bien pronto muere de inacción; y sus sufrimientos, lejos de excusarle, se le imputan á crimen, porque rehusa en su necio orgullo, el alimento y los socorros que le presenta con inexahusta liberalidad la Providencia de su Padre. Examina la realidad y la extensión de estas faltas hacia la Providencia, y repáralas con un celo ardiente.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Tu mejor reparación ha de ser la resolución de vivir personalmente, bajo el gobierno de la Providencia, sometido, abandonado á todos sus designios, á todos sus medios, á todos sus caminos; el reconocimiento y adoración en todas partes y en todo. Renueva cada día esta promesa de servir y de honrar á la Providencia, en la Comunión de la mañana. Haz de este momento bendito, que ha de inaugurar cada una de tus ocupaciones cotidianas, abandono el más sincero y perfecto á la Divina Providencia. Tú la has recibido; ella está en tí por tí; ¿qué puedes temer? ¿qué te podría faltar? *Dominus regit me nihil mihi deerit*.

PRACTICA:

Terminar la acción de gracias ó la visita al Santísimo Sacramento, haciendo un acto de abandono á la Divina Providencia.

La Eucaristía es el Soberano Señor.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Prostérnate con todo el respeto, con todo el temor de que eres capaz, ante el Adorable Sacramento saludándole, como á tu Dueño y Soberano Señor. Hazle á su soberano dominio esta gloriosa confesión que le hacía Estér en su oración: "Señor, Dios

“Todopoderoso, todas las cosas están bajo vuestro dominio, y nadie hay que pueda resistir á vuestra voluntad, pues vos habéis hecho el cielo y la tierra y cuanto en ella se contiene; vos sois el Soberano Señor de todo cuanto existe.” El Soberano Dominio de Dios consiste en dos cosas: 1. ° Que todo le pertenece en propiedad y que puede hacer de cuanto existe el uso que le plazca: hacer vivir ó morir, embellecer ó degradar, conducir á la perfección ó anonadar, este es el dominio de la propiedad. 2. ° Que puede mandar, prohibir, permitir, recompensar y castigar, y este es el dominio de jurisdicción. La razón trascendental en la que están establecidos inmoviblemente, es que Dios es el Autor de la creación y conservación de todas las cosas. Ellas no tienen nada propio, y no pueden cosa alguna, ni un acto, ni un pensamiento, sin el socorro vital de Dios.—Ve en la Santa Hostia cómo resplandecen los derechos y los actos del soberano dominio de Dios! Ved como se impone: “Comed, bebed; el que come tiene vida, el que no come está muerto!” Ve si no es la Divina Eucaristía la Señora del mundo; en todas partes se halla, en todos los países se instala y reina, y hace que la adoren todos los pueblos y todos los siglos. Ve cómo exige el respeto, no se le trata sino de rodillas, cómo obliga á la práctica de las virtudes, la pureza, el desprendimiento, la humildad, la obediencia; cómo reina por los innumerables ministros que componen la espléndida gerarquía eclesiástica, y todos estos grados no son sino servidores, heraldos, apóstoles de su soberano imperio, encargados de someter las almas á la Eucaristía, de conformarlas á Ella, y de entregárselas para que ella reine en cada una, como reina en toda la sociedad religiosa.

Adora, pues, la Hostia Soberana y dale su verdadero nombre: “Rey de reyes y Señor de señores.” En cuanto á tí, dile: ¡Oh Señor, yo soy vuestro siervo, y el hijo de vuestra esclava!

2. ° CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Aunque el soberano dominio de Dios parece más bien imponernos temor que inspirarnos confianza; aunque este nombre de Señor parece más bien de temor que de bondad; es, sin embargo, muy propio para excitarnos á la acción de gracias. ¿No es, en efecto, un alto honor pertenecer á un Señor como nuestro buen Dios y no pertenecer sino á él sólo? Pues todos aquellos de quienes dependemos reciben su autoridad de la de El, y en realidad de verdad, obedecemos al solo Señor Soberano. Mas, ¿cuál es el fin que nuestro buen Señor se ha propuesto al crearnos con tanto amor, sino perfeccionarnos y conducirnos á nuestro glorioso destino? Pero este soberano dominio de Dios se manifiesta, sobre todo, dulce y bienhechor en la Santa Eucaristía. ¡Qué benevolencia, qué dulzura, qué condescendencia en la manera de hacérsenos presente! ¿Hay algo menos imperioso en la manera con que aparece la humilde Hostia de nuestros tabernáculos? ¿Y cómo quiere reinar en nosotros, con qué título, con qué medios? ¿La fuerza, la violencia, el terror? ¡No; el amor, nada más que el amor! ¡Con qué inefable bondad nos espera, sufre nuestros retardos y aun nuestras rebeldías, porque quiere reinar en nuestros corazones por puro amor! ¡Ah! reflexiona en la benignidad con que este Señor nos gobierna en su Sacramento, y la acción de gracias, la admira-

ción, el reconocimiento, se manifestarán con cánticos del corazón!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Grande es pues el crimen de aquellos que pretenden ser dueños de sí mismos y de los dones que han recibido de Dios, y quieren hacer de ellos el uso que les plazca, sin tener en cuenta la voluntad de Aquel que es, y permanece alto propietario de todo lo que le ha dado al hombre y del hombre mismo. Este crimen se ha hecho el crimen social, cuando las sociedades se han levantado orgullosamente contra Dios, proclamando como su única ley la blasfemia de los *Dominios del hombre*.—El hombre no tiene nada de sí, ni su pensamiento, ni su conciencia, ni su forma social; blasfemias, pues, son contra la autoridad divina, la libertad del pensamiento, de la conciencia y de la sociedad.—Repáralas proclamando que tú reconoces los *Derechos de Dios*, que garantizan todas las santas libertades, de las cuales la principal es tender libremente á tu fin eterno. Repáralas, sobre todo, adorando, exaltado por un culto público y solemne, al Señor en el Sacramento del Altar. El desconocimiento de la Autoridad ha tomado una forma práctica y universal; es el desprecio de la Divina Eucaristía.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pide la gracia y toma la resolución de reconocer siempre prácticamente los derechos de Dios sobre tí, por la observancia de los mandamientos, la correspondencia á sus inspiraciones, sobre todo, por

la sumisión á su voluntad en las pruebas. Nos cuesta algún trabajo el admitir que nuestro Creador tiene el derecho de hacer con nosotros y sobre nosotros todo lo que le agrade, y sin embargo, todo es de El. Tengamos, pues, bastante confianza en su sabiduría para saber que no se engañará, y en su bondad, para creer que será por nuestro bien. “¿Quién eres tú, ¡oh hombre!, dice San Pablo, para reconvenir á Dios? Un vaso de barro, dice acaso al que lo labró: ¿Por qué me has hecho así? ¿Pues qué, no tiene facultad el alfarero, para hacer, de la misma masa de barro, un vaso para usos honrosos y otro para usos viles?” Que nuestra divisa sea la de nuestro Soberano Señor: “*Ita Pater, quoniam sic placitum fuit ante te.*”

PRACTICA:

Hacer de la genuflección (1) el signo de la dependencia absoluta del soberano dominio de Dios.

La Eucaristía es el Soberano Juez.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Reconoce y adora con un temor saludable, en el Sacramento ante cuya presencia estás, al Juez terrible de vivos y muertos. Sí, á pesar de su silen-

(1) Esta según rúbrica, se hace doblando la rodilla derecha hasta el suelo, junto al tobillo del pie izquierdo, de cara al Santísimo.